



CNT

Portavoz de la CNT de España en el Exilio

HEBDOMADAIRE autorisé par le Ministère de l'Information en date du 3 mars 1946
Direc.: J. PEIRATS — Administ.: F. MONTSENY

N.º 733 - II EPOCA - Precio: 30 Frs
Toulouse 17 Mayo 1959

GIROS: «CNT» hebdomadaire, C.C.P. 1197-21
Tel.: MA 64-90—TOULOUSE (Haute-Garonne)
Redac. y Adminis.: 4, rue Belfort, Toulouse (H.-G.)

En Madrid, según la O.P.E. se celebró el desfile de la victoria con participación de 305 aviones, entre ellos 100 Sabres norteamericanos y 25 Junkers de Cuatro Vientos. Entre los doce o quince mil hombres que desfilaron durante dos horas iba el infante Juan Carlos, hijo del pretendiente Don Juan. En la tribuna había numerosas personalidades norteamericanas y algunos antiguos pilotos de la Legión Cóndor. Al paso del infante Juan Carlos, cadete de la Academia Militar del Aire que no era difícil reconocerlo debido a su gran estatura, los monárquicos gritaron: ¡viva el rey! y los falangistas desplegaron un gran cartel en el que se leía: «Queremos un caudillo y no un rey imbécil. Pero no se pasó adelante. Todo se redujo al vitoreo de la clique monárquica domesticada y al berrear de los falangistas discócos que entre silbidos y abucheos gritaron roncando cantando el «Cara al Sol» y entonando el sonsonete ¡Franco, sí! ¡Monarquía, no!

LLUVIA DE MAYO

La personalidad de un pueblo no desmerece por manifestarse tributario de determinadas corrientes internacionales en boga. Hay que especificar aquí el grado y la forma que toma la ampliación. Saber escoger y adaptar lo estrictamente asimilable es un rasgo inequívoco de originalidad. Por otra parte ocurre a veces que lo adoptado o asimilado no es siempre extraño al que escoge y asimila.

Habría mucho que objetar a la supuesta tributación del pensamiento político español. El sistema representativo inglés y el doctrinarismo francés parecen influir en los primeros balbuceos de nuestro movimiento constitucional. Sin embargo, para que la constatación fuese exacta, habría que hacer arrancar nuestra historia política de época muy reciente. Nuestra ranciedad se opone a tan fútil supuesto. El constitucionalismo español es un vestigio de lo que fueron nuestras creaciones político-democráticas o político-representativas en la Edad Media. Habría que demostrar quién inspiró a quien. Si el liberalismo inglés a los españoles o nuestras instituciones de derecho político medioevales a los ingleses.

Con todo, reconocamos que hubo servidumbre nuestra a los sistemas inglés y francés en cuanto a la forma moderna constitucionalista. ¿No será por esto que nunca pudo España llegar a la estabilidad parlamentaria? La explicación podría darla la fruición emulativa de nuestros próceres progresistas desde las Cortes de Cádiz a nuestros días. En toda adaptación, para que resulte el sujeto receptor debe poner de su parte algo de su propia originalidad.

En el aspecto filosófico — otra de nuestras grandes servidumbres modernas — el fenómeno de asimilación es más personal. Las corrientes filosóficas más influyentes en estos últimos siglos procedían de Alemania. Kant y Hegel eran los grandes santones de la filosofía. Sus grandes principios metafísicos eran de obligada recepción en los medios idóneos de toda Europa. ¿Por qué regla de tres no cuajaron esas corrientes en España? Nuestra intelectualidad liberal prefirió el krausismo, en la lógica y en la ética principalmente? Aquí el pensamiento español no es pasivo en su recepción sino electivo de lo que estima más afín con su idiosincrasia.

En el aspecto social nuestra originalidad electiva se acentúa todavía más. La recia personalidad de Carlos Marx llena la segunda mitad del siglo XIX. Se comprende que los franceses sean proudhonianos, y que los italianos cualquier cosa dada su indecisa eclosión nacional. Pero se comprende a medias que los españoles prefieran a Bakunin y no a Marx. Marx es alemán, pero Bakunin es ruso. Este nos descubrió. Pero planteada la crisis en el seno de la Internacional, una crisis en la que ambos bandos pusieron toda la carne en el asador — sin que los españoles arriesgasen demasiado en la pelea — España persiste en su bakuninismo. La frase de Anselmo Lorenzo sobre las acusaciones de Marx contra Bakunin es el más ponderado juicio que se haya proferido durante la polémica. Tanto fue así que zahiró a ambas partes, en grado sumo a Bakunin.

Y, sin embargo, sin que valgan derechos de primer ocupante, los proudhonianos españoles pertenecieron fieles a la ideología de Bakunin. De poco valió a los bakunistas despachar de urgencia a nuestra península un agente tan sumamente calificado para la misión encomendada como Paul

Lafargue, yerno de Marx. El socialismo que más tarde llevó el título de «marxismo español» no tuvo nunca nada, o tuvo poco, de marxista. En cambio, las ideas bakuninistas, en lo esencial de las mismas: el federalismo, jamás fueron abandonadas por los adeptos españoles del gran pensador ruso. ¿Hubo en ello servil emulación? De ninguna manera. En el aspecto económico los anarquistas y anarcosindicalistas españoles prefirieron en su gran mayoría otras influencias, mezcla de Proudhon y Kropotkin. Más adelante, y sin desdoro para nuestras propias personalidades (véanse las aportaciones de Ricardo Mella, José Prat, Lorenzo, etcétera), se abrió camino en nuestras simpatías el originalísimo pensamiento de Enrique Malatesta.

Consciente o inconscientemente, el receptor vio expresada su propia personalidad ideológica y moral en ciertas influencias que se le brindan, las cuales escoge, rechaza o asimila. En 1869 España, y muy especialmente los trabajadores, se hallaba en estado avanzado de madurez para la siembra que por encargo de Bakunin realizó Fanelli. El arraigado ascendente federalista de nuestro pueblo, más todavía que el escéptico político, hizo que aquel mensaje cayese como lluvia de mayo.

El testimonio de la novela española

DESDE hace unos cuantos años se tienen indicios ciertos de una renovación del panorama novelístico español. De una renovación en el mejor sentido de la palabra ya que a ella contribuyen escritores nuevos, jóvenes la mayoría, que empiezan a publicar a diez años de distancia del gran conflicto que ensangrentó la península de 1936 a 1939. La mayoría de ellos apenas eran muchachos durante la guerra civil, acontecimiento que vino a darles cierto carácter generacional y que, en realidad, trasciende en su temática y determina en gran medida su psicológica literaria. Cierta política de Premios no oficiales facilitó y sigue facilitando la irrupción de estos jóvenes, y ese es el mérito mayor de dicha política de Premios. Así se conoció la primera novela de Carmen Laforet, y las de Suárez Carreño, Sánchez Ferlosio, Delibes, Pacheco... Novelas que, haciendo alarde de una valentía peligrosa, revelan la verdadera faz de España, la intensidad de su pasión y la inmensidad de su desgracia. A ese elenco ya numerosos de escritores jóvenes, pero más joven que todos ellos quizás, ha venido a sumarse ahora Luis Goytisolo-Gay, Premio *Bibliotheca Breve* por su novela «Las Afueras» (1). Nació en Barcelona en 1935, un año antes que estallara la guerra civil. Pertenece, pues, a la generación que ha crecido bajo el signo de la dictadura de Franco. Hay que retener este dato para poder apreciar más adelante este fenómeno de precoz madurez espiritual. En realidad, hace ya mucho tiempo que en España, a la edad en que se va a la escuela o se goza de esa feliz irresponsabilidad de la adolescencia en otros países, los niños trabajan y pelean, mezclados al tumulto de la lucha por la vida. Esta realidad no data de ayer.

La España anterior a la República de 1931 no era un paraíso. Desde un siglo antes era un hervidero de pasiones político-sociales. Concretamente,

desde que el concepto de «liberal» fue inaugurado allí y definió las primeras luchas contra el absolutismo. Sin embargo, desde el retorno de Fernando VII al poder una de las características de la política gubernamental, transferida con inalterable fidelidad de un Gabinete a otro, fue el terrorismo. Tal política fomentó el espíritu conspirativo y la violencia hasta el momento paréntesis abierto por las elecciones de 1931 que trajeron la República. Era, pues, natural, que en un clima tan caldeado políticamente la literatura respondiera a los estímulos de la calle. Fue eminentemente liberal el movimiento romántico y fue la llamada Generación del 98 la que al iniciarse este siglo promovió la agitación intelectual contra la monarquía, influyendo decisivamente en la formación espiritual de la generación posterior. Los jóvenes que irrumpen en la vida literaria española hacia 1920 se ven los hombres de la República. Ya entre las masas se había producido una rápida y ferviente extensión de las corrientes socialistas. El anarcosindicalismo era una fuerza de primer orden. De una simbiosis fermental entre intelectuales y pueblo surgió la República de 1931 — llamada, dicho sea de paso, de «los intelectuales». Unos años más tarde la victoria de Franco debía llevar a la mayoría de la intelectualidad española a los ásperos caminos del exilio. Fue fiel a su compromiso. Ese término, tan de moda en otras partes de un tiempo a la fecha, es de vieja solera española.

El triunfo de Franco en 1939 significó para España un desastre mayor que el de una ocupación extranjera. Significó, tras la asolación de la campaña militar, un nuevo reinado del terror. La depresión vino a ahondar el cisma provocado por la guerra civil.

Contrariamente a lo que suele ocurrir frente a una amenaza exterior, que une a todos los ciudadanos de un país ante el peligro común, la ocupación de España por su propio Ejército provocó en todo el ámbito nacional en todas las capas sociales mayores resentimientos y frustraciones. Por eso, al clima de asfixia moral e intelectual creado por la Dictadura se respondió, primero, con la inhibición y el repudio silenciosos. Fueron los años siniestros. Lentamente, sin embargo, fueron concretándose los elementos con los que se iba a levantar el acta de acusación del régimen. Un nuevo compromiso estaba surgiendo entre el escritor y la realidad social circundante. A partir de 1942, toda la novelística peninsular digna de tal nombre es un alegato sombrío contra el modo de vivir español impuesto por el franquismo. «La Colmena», de Camilo José Cela, viene a establecer un puente de unión con la tradición moventuochista. Recuerda el universo alucinante de Baroja y, al mismo tiempo, tiene algo del esperanto valle-inclaneco. Pero tiene, sobre todo, una referencia geográfico-social concreta: el Madrid de post-guerra, la capital de España. Con él irrumpe de nuevo el más crudo realismo. Inmediatamente, sobre esa base empieza a perfilarse la temática de los más jóvenes. De ahí que la idea de España que ofrecen sus escritores sea agobiante y exasperada. Todo lo contrario de los pomposos editoriales suministrados por el Ministerio de Información.

Pero el realismo literario tiene muy antiguos antecedentes en España. La verdad es que hasta podría afirmarse que es una de las constantes en la literatura peninsular. Empezando por el Poema del Cid, tan ceñido a un itinerario geográfico concreto como a una serie de actos humanos difícilmente calificables de fabulosos. «El Quijote», mismo, a pesar de su inseparable urdimbre de realidad y fábula, le debe su perennidad a esa condición singularísima por la cual, los hombres de épocas distintas — o en distintas edades de su vivir — ven allí reflejada una imagen cierta de la vida, la que cuadra con su visión de la realidad o con su más segura experiencia. A veces ese realismo se desmanda, como en Quevedo, un «tremendista» que concibió la literatura como espejo de su tiempo, aunque no pareció ignorar que en ciertos espejos las imágenes reales se deforman, dan en lo grotesco, en lo absurdo. Y no ha de ser ocioso recordar esa predilección del escritor español por la novela y el artículo de costumbres, copias más o menos elaboradas de la realidad, a la que estuvieron adscriptos desde el anónimo autor del «Lazarillo de Tormes» a Pío Baroja, pasando por nombres de tanto prestigio como Mesonero Romanos, Larra, Pérez Galdós, la Pardo Bazán,

CRÓNICA

INFLUENCIAS EXOTICAS

EN uno de los mejores libros de Rafael Altamira («Los elementos de la civilización y del carácter de los españoles», Editorial Losada, Buenos Aires) hallamos condensada la mejor réplica a la xenofobia gubernamental contra el humanismo y el universalismo de las corrientes ideológicas y culturales. Es sabido que esta xenofobia es el latiguello obligado en todos los discursos del dictador Franco. Antaño lo era de los gobernantes de la monarquía tradicional, y también lo fué de los ministros de Gobernación de la segunda República española. El liberalismo, el progresismo, el anarquismo y el sindicalismo fueron, en su época respectiva, calificados productos exóticos por nuestros padres de la patria, por nuestros generales y nuestros prelados.

Si se analiza seriamente este problema, encontramos que nada es suficientemente autóctono para autorizar pinitos de originalidad y suficiencia. En España muy especialmente. Altamira señala con mucho acierto que conviene tener muy presente las influencias de pueblo a pueblo. Ciertamente, como demuestra el ejemplo de Roma con respecto a Grecia, y el de los visigóticos con relación a España. Depende de que el invasor sea más o menos culto que el pueblo invadido. Y aun siéndolo más el hecho de recibir y adoptar influencias extrañas no demuestra forzosamente falta de capacidad y de personalidad en el adoptante.

Lo que se hace cuesta arriba es afirmar rotundamente dónde empieza lo propio y comienza lo adquirido. Al efecto Altamira señala ocho penetraciones extranjeras en España más o menos extensas, en forma de conquistas: la ibera, la celta, la fenicia o cartaginense, la griega, la romana, la visigoda y la sueva, la bizantina y la árabe-berber.

Pero las influencias por conquista no son las únicas. Hay también las llamadas influencias de los grupos inmigrantes. En España, en los siglos medioevales tuvimos las de los grupos judíos y franceses; dejaron también las suyas nuestros contactos en los territorios conquistados por los reyes de Aragón. A principios de la Edad Moderna dejaron huella en el carácter español italiano, flamenco, alemán, por presencia y matrimonio; también grupos más o menos móviles o sedentarios como comerciantes y banqueros. La revolución de 1789 arrojó hacia nuestras fronteras a emigrantes franceses que huían del terror jacobino. Todos estos grupos, pueblos y clanes llegaron a comunicar a ciertas de nuestras ciudades un color cosmopolita en pleno siglo XIX. (Digamos entre paréntesis que si el apellido Franco es de origen judío, como se afirma, la xenofobia de nuestro caudillo resulta bastante chocante.)

Analizar cada uno de los respectivos aportes a los fines de dar a cada uno lo que en justicia le pertenece se avera tarea ardua. Los críticos de la historia de la civilización se manifiestan vacilantes cuando no contradictorios. Tal o cual influencia o aporte, que se tuvo por árabe, no lo es ahora, como en el caso gráfico del arco de herradura. Hay también transmisiones que llamaríamos ahora de control remoto; tales las artísticas, en lo plástico y en lo literario. Habría que distinguir las que se ejercieron sobre minorías eruditas de las que cuajaron en el pueblo, si es que hubo arraigo popular y en qué medida. Las influencias, por otra parte, pueden ser permanentes y fugaces, como las modas de nuestros días. Han sido distintas procedencias, aunque vinieran en alas de la invasión mahometana: griegas, persicas, alejandrinas, hindostánicas.

Cuentan también invasiones diplomáticas como la inaugurada por la dinastía borbonica a primeros del siglo XVIII; y las religiosas traídas por los peregrinos compostelanos, en la Edad Media; las de los frailes de Cluny y cistercienses, la de los caballeros borgoñones tan marcada en nuestra historia política y en la de Portugal.

Algunas de estas influencias han sido señaladas como malditas en el carácter de los españoles. El canónigo Cardó, en su libro «Historia espiritual de las Españas», auspicia la muy peregrina teoría de que nuestro «individualismo destructor» es herencia de árabes y moriscos. Pero lo que indigna más a Altamira es el supuesto origen gitano de nuestra crueldad. No se sabe ciertamente en qué fecha nos visitaron los gitanos, si a principios o fines del siglo XV. Pero teniendo en cuenta su exigua minoría, su aislamiento en Andalucía y su repudio a toda mezcla carnal, se hace difícil atribuirles la paternidad de Torquemada y Pedro Arbúes. Es más fácil explicar los sádicos instintos del xenóforo Franco por influencia de Hitler y Mussolini, alemán el uno; italiano el otro.

JOSE PEIRATS

ANTIESTATISMO BASE DE TODA UNIDAD

ES inútil cerrar los ojos a la realidad e igualmente inútil conculgar con ruedas de molino. Es por completo incompatible la existencia del Estado con el desenvolvimiento normal de la sociedad; incompatible con el progreso, la libertad, la justicia. Existe de hecho esa suplantación monstruosa que, en permanente progresión, llegará, según todos los síntomas que se manifiestan, a sofocar hasta el más leve destello de autonomía individual o colectiva. Todos los indicios nos fuerzan a afirmar que esa catastrófica realidad será un hecho, a corto plazo evidente.

De un trabajo concienzudamente realizado por un grupo de estudiosos compañeros, en la ya casi lejana época de la epopeya revolucionaria de Julio, trabajo que — fácilmente es comprensible — me ha llevado al análisis que pretendo apuntar aquí, se sabe que suponiendo que el conjunto de todos los sueldos y salarios, que todos los ingresos de un país cualquiera, es decir la llamada renta nacional alcanza el índice 100, el capitalismo, la clase patronal improductiva absorbe 10. Nos otros, los trabajadores organizados aspiramos a la anulación de ese tanto por 100 sustraído de nuestro esfuerzo, para que lo perciban todos los productores. El Estado moderno — cifras como decimos de 1936 — consume un 40 por 100 de ese volumen global, o sea, de todo término medio, el Estado nos quita 40. En consecuencia, con el 50 por 100 restante, sobre el cual en el día de hoy se tienen que hacer muchas consideraciones, ha de vivir la sociedad.

Sería útilísimo, para la reafirmación

constante de nuestros anhelos de liberación económica y moral, examinar esas consideraciones, que indudablemente han sufrido un cambio notable en el sentido de su importante aumento, por la puesta en marcha primero, de innumerables empresas nacionalizadas o estatizadas; segundo, por la creación de nuevos impuestos y contribuciones así como el gran aumento intervenido en las imposiciones ya clásicas; tercero, por el aumento en proporciones escandalosas de la empujamiento, de las fuerzas de represión castrenses y policiales, y cuarto, por la «metedura de pata» de la hidra eclesiástica en los negocios terrenales que, como en España, Italia, Portugal, Grecia y algún otro país, constituyen soldadura bien consistente con el Estado del que forman parte integrante. De ese utilísimo examen es fácil suponer que aquel 50 por 100 que queda reducida la renta que nos producen nuestros ya fatigados brazos, habría que deducir todos los aumentos enumerados que se han experimentado desde aquella fecha hasta el día de hoy. Esta elevada ascensión de la rapia organizada contra la sociedad por el Estado absorbente, consumidor e improductivo por excelencia, no cabe duda alguna que nos reafirma de hecho y de derecho en nuestra enemiga contra esa legendaria y mastodónica institución.

En la concepción puramente anarquista del Estado existen otras muchas razones de nuestra clásica hostilidad, pero la más sencilla, la más comprensible es esta: demasiado caro y por entero inútil.

Si por ejemplo, de la noche a la

mañana quedase suprimido el régimen capitalista, si todos los centros de producción tanto agrícolas como industriales pasasen de un golpe a nuestras manos, sin duda alguna que obtendríamos algún beneficio, pero con arreglo a las cifras más arriba citadas, que, repetimos, son el resultado de un profundo estudio realizado por compañeros nuestros sobre la cuestión, el nivel de vida de todos los que trabajamos sería poco superior al que disfrutamos.

No es necesario por lo tanto calentarse más la cabeza con problemáticas soluciones, con medias tintas y paños calientes, porque salta a la vista que si después de hecha una revolución, el Estado queda en pie, la supresión del régimen capitalista — seguramente, o mejor aún, con toda seguridad que daríamos aproximadamente en las mismas condiciones económicas en que nos encontramos. El Estado totalitario de la Rusia Soviética es un ejemplo vivo de esta axiomática verdad, ejemplo que podemos ampliar sin reparo alguno hasta la Península Ibérica con sus dos totalitarismos indecorosamente regentados por Franco, Salazar y la pandilla que los sostiene.

Llegará pronto el momento de que el Estado no pueda subsistir más que a horcajadas sobre las molidas costillas de los trabajadores. Pues si para que engorde ese monstruo, hemos de enflaquecer nosotros, si para que el Estado lo sea todo, incluso hasta el aire que respiramos, nosotros no podemos ser nada y hemos de asfixiarnos, los trabajadores anarcosindicalistas propagamos y propagaremos constantemente su anulación, pese al calificativo de *tradicionalistas* que más de una vez se nos ha endosado.

Realícese pues esa unidad tan predicada y deseada con todos los hombres de buena voluntad que estén de acuerdo con estas mínimas premisas. Y después, vengan con nosotros todos los que honradamente quieran liberar a España del yugo que la oprime, sin miedo alguno a las consecuencias, pues el que bien ama la Libertad debe deseársela plena y luminosa como la antorcha que nuestros antepasados supieron encender con su sacrificio.

Inútil e indeseable unidad la que se pretende por algunos importunos llevar a efecto con la sola ambición de escalar un puesto en esa perjudicial institución. Los trabajadores de la C. N. T. única y revolucionaria saben bien a qué atenerse, como se ve por lo anteriormente dicho.

Luis COMPANY-COMPANY.

NOTICARIO DE PORTUGAL

LISBOA. — La famosa policía política, prosiguiendo su combate contra la rebeldía antifascista, ha enviado al Tribunal Plenario de Boa Hora, bajo la presidencia de los jueces Correia Barreto y Augusto José Calixto Pais, al abogado portuense Arnaldo Pereira de Oliveira Mesquita, para que aquellos titeres hagan firme la condena elaborada en la calle Antonio María Cardoso (sede de la Pide). El notable abogado portuense fue acusado de «desobediencia a las autoridades» por haber depuesto en el juicio del brillante médico de Ilhavo, Mario Sacramento, en 1953. El aludido abogado ha sido condenado a 20 días de prisión y a la multa de tres mil escudos.

Fueron detenidos y procesados los antifascistas obreros Joaquim Barao Cocolio, Hernani Augusto Pereira Pedroso, Bento Lourenço Chicharro y Joaquim Lázaro Barro, acusados de actividades subversivas. La Pide intenta prender hasta su propia sombra. Es la lucha desesperada por la salvación del régimen que ostenta el poder.

Los «pobres» defensores del gobierno de Salazar están empeñados en la detención y condena de opositores al régimen de su amo. Y por increíble que parezca, surgen siempre más adversarios. En el viejo caso de Boa Hora las farsas se suceden unas a otras. Tomaron asiento en el banquillo los obreros Dionisio da Silva Pereira (condenado a seis meses de prisión e igual tiempo a diez escudos por día); Victor Manuel de Jesús Costa (cinco

meses de prisión e igual tiempo a diez escudos por día); Sergio Rodrigues da Cruz Silva (tres meses de prisión e igual multa de diez escudos por día); y Jaime Serra Sardinha (cuatro meses de prisión y multa de diez escudos por día). Los cuatro restantes, incluidos en el mismo proceso, fueron absueltos, pero no de la incomodidad de haber estado detenidos hasta el día del juicio.

Apenas terminada la comedia que referimos más arriba, empezó otra a base de trabajadores rurales. Como no podía dejar de ser, también los hombres del campo se revuelven contra la tiranía salazarista, que a todos oprime y a todos tortura, a excepción de sus más destacados sostenedores.

«Pero qué crimen cometieron los aldeanos para ser llevados al plenario de Boa Hora? El «increíble» e incalificable crimen de suspender el trabajo de terraplenaje en los terrenos de la Cámara Municipal de Ourique, donde laboraban 80 obreros. La huelga, más que justificada por el desprecio del horario de trabajo que allí se les imponía (un trabajo de esclavos y un salario de hambre), es un crimen castigado con prisión. Y obedeciendo a ese criterio salazarista fueron condenados: Francisco Calisto, a quince meses de prisión; Francisco Duarte, a doce meses; Jacinto José Anica, a trece meses. Los tres sujetos a multa de mil escudos de impuesto de justicia a cada uno.

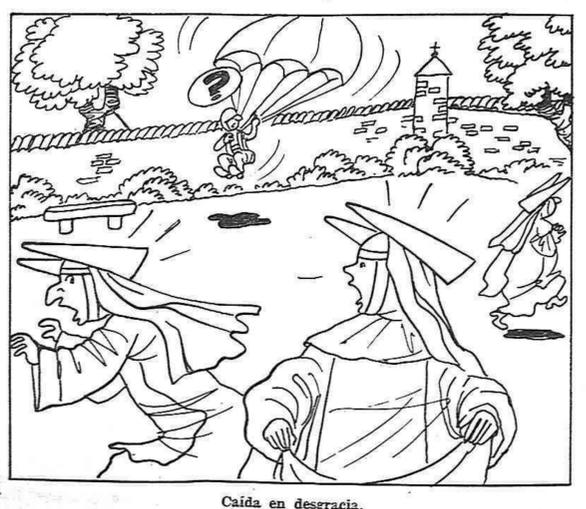
Además el tribunal de Boa Hora ha condenado por orden policíaca a otros antifascistas, tales como Miguel Camilo, a dos años de prisión mayor, mil escudos de impuestos de justicia y por si esto no fuese bastante, a «medida de seguridad» (prisión perpetua): Luis Nunes Cartaxo, a doce meses de prisión y mil escudos de impuesto de justicia.

El rosario de condenas es interminable en los días agitados por que atraviesa esta capital; pero todo esto no impedirá el fin de la dictadura. El insigne capitán Neves Graça y sus

sicarios intentan impedir la rebelión popular que será fatal para los hombres del gobierno fascista portugués. Centenares de millares de hombres y mujeres han sido detenidos y procesados de norte a sur del país, habiendo, por lo tanto, que improvisar cárceles. Es la agonía del muerto. El terror se esparce por todas partes; y a pesar de eso, gracias a eso, la Pide descubre una nueva conspiración monárquica tramada por el ex ministro de Defensa Nacional — coronel Santos Costa — en la Sacristía de la Seo; donde la juventud católica se reunía. Fue detenido el jefe de ese organismo, Manuel Serra, y corre la noticia de que fue asesinado por la Pide. El padre Perestrele de Vasconcelos, uno de los «grandes» de la conspiración e hijo del director del Arsenal Alfeitio, ha declarado estar decidido a defenderse a balazos si la policía intentase detenerle. Entre los conspiradores se hallaban varios sacerdotes y unos cincuenta oficiales superiores. Fueron detenidos alrededor de veinte. El «valiente» policía capitán Neves Graça y sus esbirros, que sólo saben hacer frente a presos indefensos, corrieron a atrincherarse en el cuartel de la Guardia Nacional Republicana, en Carmo, donde se mantuvieron varios días.

También fue detenido un gran escritor anticlerical, Tomás da Fonseca, porque a pesar de sus ochenta años de edad editó clandestinamente el libro «Fátimas», ahora con el título de «En el cubil de los ladrones». El mismo lo iba vendiendo.

Se sabe también que su encarcelamiento fue motivado en gran parte por haber este viejo luchador dirigido una carta bajo forma de versículos bíblicos en los que se condenaba a las autoridades y al director de la Pide. Pocos días después fue detenido y procesado el escritor Aquilino Ribeiro, el traductor del libro «Anarquía», de Jean Grave, por haber publicado su novela «Cuando los lobos aullaban». Los dos



Caida en desgracia.

«La C. N. T. en la Revolución española»

Precio del primer tomo.....	750 francos
Precio del segundo tomo.....	700 >
Precio del tercer tomo.....	750 >
Precio de la obra completa.....	2.200 >

